

LA VERDAD CIEZANA

TOMÁS PÉREZ Y CABALLERO.—Fundador y director propietario

Redacción y Administración Pinos, 1,   No se devuelven los originales

GALERÍA DE POLITICOS

RODRÍGUEZ VALDÉS

Con la alta figura del gran orador lorquino, inaugura LA VERDAD CIEZANA esta GALERÍA por la que han de pasar los hombres más eminentes de la política regional y aún de la política española.

El siguiente trabajo debido a la pluma de oro de D. Luis Carrasco Gómez, fué publicado en tiempo ha en el periódico cartagenero «Diario de Levante».

Parece escrito, sin embargo, en estos momentos, en que el notable juriscónsulto ha sido elevado a los escaños del Congreso.

Tanto por la admiración que profesamos a D. Miguel Rodríguez Valdés, como por la que nos inspira D. Luis Carrasco Gómez, lo reproducimos a continuación, abrazando así los nombres de estos dos murcianos ilustres.

En la fiesta del Arte que organiza la Cruz Roja, Rodríguez Valdés tiene pedida la palabra. Oídele: y luego pedid su actuación en nombre de Cartagena.

Miguel Pelayo.

A grandes rasgos, con belleza y pulcritud extremas, acaba de esculpir en caracteres de bronce la pluma brillante y castiza de Miguel Pelayo, el espíritu ático, la palabra divina, el soplo vivificador de un alma varonil, la etopeya sublime, en una palabra, de Rodríguez Valdés, la más soberana inteligencia, el corazón más grande que alberga este purísimo y meridional cielo azul envuelto en los sueños del romanticismo y alambrado con hachas de fuego de matizados reflejos orientales.

Ni una palabra más a lo dicho por el notable cronista cartagenero. Nosotros, que, estupefactos contemplamos cuarenta años de baldía Restauración; nosotros, que, repetidas veces hemos visto ahogado por la opresión y la tiranía la voz del **liberalismo** científico; nosotros, que, en la sombra del silencio asistimos al entierro macabro de la histórica dignidad española, y nos sonrojamos ante el espectro de tantas desdichas, y nos avergonzamos de la ridícula y grotesca comedia política desenvuelta en el escenario del sentir nacional, con la garganta oprimida y el corazón desgarrado, coléricos, indignados, devorados por la osadía y deshonor tanto, pedimos, arrastrados por la irresistible fuerza del patriotismo, un gesto airado, a Rodríguez Valdés, tan solo un gesto airado; pero en la calle, en la plaza, en la asamblea pública, en el comicio, confundido entre las muchedumbres, para que con su elocuentísima y divina palabra que roba la magia a los cielos, infiltre en el alma popular el idealismo de un mundo nuevo, que abra extensos horizontes al pensamiento y amplios senderos a las públicas libertades.

Ningún arte subyuga tanto como el de la elo-

cuencia. Rodríguez Valdés en las asambleas populares, es catarata que se estrella en foto torbellino contra las escarpadas rocas y se descompone en blanquísimos copos de espuma; es, como la de Orfeo, música melódica que deleita y arrastra los monstruos terrestres; es tromba marina desatada en horrible tempestad que fácilmente se divierte con la nave hasta sumergirla en los más profundos abismos; es volcán, aurora, relámpago, trueno, luz, iris, pintura, arquitectura, sentimiento y poesía... es carne, espíritu, idea, acción, pasión, encanto y armonía. Rodríguez Valdés en la tribuna es tan grandioso arrojando pensamientos como altanero Napoleón sobre su caballo; es tan sugestivo sentando tesis científicas como execrable Nerón cometiendo crímenes; es tan sublime calcinando el alma de las multitudes como feroz Atila asesinando cristianos.

Ningún arte subyuga tanto como el de la elocuencia. Hablando Rodríguez Valdés, el hombre de ley se confunde con Astrea, rechinan los dientes del tirano, se estremece el verdugo, los cetos tiemblan, se rompen las cadenas, el esclavo parece recobrar su natural pristina libertad... La palabra de Rodríguez Valdés sube a los palacios y baja a las cabañas, recorre los desiertos y las parameras, penetra en los agostados campos y se introduce en las populosas ciudades, se desborda como un torrente, y, es divino Jordán cuyas benditas aguas lavan la podredumbre humana; es clarín de guerra cuyos bélicos sonidos hienden los espacios y descomponen las capas atmosféricas en sublime concierto que preside el eco inmaculado de la libertad.

Rodríguez Valdés, el monarca de la elocuencia murciana, con su boca de ore esmalta de bellísimas lentejuelas el cielo de la inspiración, y, ora mistifica la palabra en su diáfana pureza como el soplo de una alborada; ora canta con armonía más divina que los dulces trinos de

los ruiseñores; ora truena, ora ríe, ora difunde ideas abrasadoras, ora hace un panegírico de la revolución con tan arrebatadores acentos, que su boca semeja un harpa, sus ojos esparcen radiantes fulgores sobre el alma aturdida de la multitud ébria de entusiasmo; sus manos crispadas parecen las lanzas caídas en la rendición de Breda, su rostro ilumínase con incasantes relámpagos cual una tempestad que brama horriblemente y se desencadena en torbellino de centellas, que, confundidas caen de los horizontes del patriotismo, hasta dejar inánime el cuerpo vetusto de la tradicional política y destruir todo lo vicioso y caduco del régimen oligárquico, resueltamente opuesto a la marcha progresiva de los pueblos.

Rodríguez Valdés circuido por la multitud resulta más atlético que un gladiador romano, más bizarro que un heróico guerrero, más inspirado que un poeta, más soberano que un emperador, más hidalgo que un caballero, más dulce que un cantor épico, más arrogante y más altivo que un director de pueblos... no hay idea noble que no defienda, ni poesía que no cante, ni hazaña que no pondere, ni grandeza que no divinice, ni sublimidad que no santifique...; tiene cerebro de pensador y alma griega. Su ideario sugiere el espíritu del pueblo y sus frases lapidarias son relicario bendito que aquel conserva como verdadera apoteosis de una elocuencia escultórica tosada al calor de las ideas democráticas.

Flaubert, ha dicho; construye el Partenon, y si no puedes, las Pirámides. Oposición ruda ha de encontrar, ciertamente, Rodríguez Valdés en su obra política y social; obstáculos tradicionales habrán de oponerse a su marcha triunfadora; beberá la cicuta como Sócrates; acaso sea crucificado como Jesucristo. Pero, ¿qué importa? Subirá al Aventino; al Calvario sucederá el Tabor.

Nada más grande que rendir culto a una idea que constituye el santuario del alma. Tiene Rodríguez Valdés un compromiso contraído con la opinión; los hombres que «saben y pueden» arrastrar las muchedumbres al pináculo de la gloria, «deben» sacrificarlo todo en pos del engrandecimiento patrio a trueque de alterar, si preciso fuere, el propio porvenir... Valdés se halla en el zénit de la grandeza y con su arrebatadora palabra puede realizar una obra altamente gloriosa: puede dar nuevas interpretaciones a los conceptos de liberalismo y democracia; puede enseñar verdadera educación política; puede destruir los vicios seculares que han llevado a la postración e infundir un nuevo soplo de vida en el espíritu decaído de la pobre patria española.

Preciso se hace ya que los hombres cumbres, verdaderamente demócratas como Rodríguez Valdés, recorran los más apartados villorrios,